

The Standard Bearer

El Portaestandarte

The Standard Bearer (ISSN 0362-4692 [impreso], 2372-9813 [en línea]) es una publicación mensual, publicada por la Reformed Free Publishing Association; 1894 Georgetown Center Dr. Jenison MI 49428-7137.

Política de reimpresión y publicación en línea

Por la presente se concede permiso para la reimpresión o publicación en línea de los artículos del Standard Bearer por otras publicaciones, siempre que dichos artículos reimpresos se reproduzcan en su totalidad; se citen debidamente; y que se envíe a la oficina editorial una copia de la publicación periódica o de la ubicación de Internet en la que aparece dicha reimpresión o publicación.

Política editorial

Cada editor es el único responsable del contenido de sus propios artículos.
Las cartas al editor deben limitarse a 600 palabras, estar escritas de manera fraternal y responder únicamente a artículos publicados (no a cartas publicadas). Se pueden incluir intercambios más extensos sobre un tema importante de amplio interés como contribuciones de invitados a discreción de los editores. Las cartas y contribuciones se publicarán a discreción del editor y podrán editarse para su publicación.
Todas las comunicaciones relativas a los contenidos deberán dirigirse a la redacción.

Precio de la Suscripción completa

37,00 dólares al año en EE.UU., 52,00 dólares en el resto del mundo. e-suscripción: \$22.00 e-suscripción gratuita para los actuales suscriptores de la edición impresa.

Política publicitaria

El Standard Bearer no acepta publicidad comercial de ningún tipo. Los anuncios de eventos de la iglesia y la escuela, aniversarios, obituarios, y las resoluciones de simpatía serán por una cuota de \$10.00. Los anuncios deben enviarse, con la cuota de \$10.00, a: RFPA, Attn: SB Announcements, 1894 Georgetown Center Dr, Jenison, MI 49428-7137 (correo electrónico: mail@rfpa.org). La fecha límite para los anuncios es un mes antes de la fecha de publicación.

Página web de la RFPA: www.rfpa.org

Página web de la PRC : www.prca.org

La Reformed Free Publishing Association mantiene la privacidad y la confianza de sus suscriptores al no compartir con ninguna persona, organización o iglesia ninguna información sobre los suscriptores del Standard Bearer.

Oficina editorial

Prof. Barry Gritters
4949 Ivanrest Ave SW
Wyoming, MI 49418
gritters@prca.org

Oficina comercial

Sr. Dwight Quenga
1894 Georgetown Center Dr
Jenison, MI 49428-7137
616-457-5970
dwright@rfpa.org

Traducción al español por cortesía de Jorge Carbajal
correo electrónico: jorge.carbajal.a@hotmail.com

Para obtener una copia completa de la versión original en inglés del Standard Bearer visite www.rfpa.org para suscribirse. Si desea una copia completa de un solo número, envíe un correo electrónico a mail@rfpa.org.

Mayo, 2025 • Volumen 101, Números 9 y 10

Contenido:

¿Quién ascenderá? (Salmo 24)

MEDITACION | Rev. STEPHAN REGNERUS | 2

Nuestra herencia doctrinal

100 años de la PRCA | Rev. Richard Smit | 5



El Portaestandarte* MAYO 2025 1



¿QUIÉN ASCENDERÁ?

REVERENDO STEPHAN REGNERUS

pastor de Hull PRC en Hull, Iowa

SALMO 24

En mis primeros años en el ministerio, el Señor me llevó a servir en Lynden, Washington. Lynden está asentado en un terreno llano y exuberante— ideal para el cultivo de bayas y la producción lechera. Pero la ciudad está rodeada de montañas por casi todos lados. Por ello, una forma común de recreación en la zona es el excursionismo y el montañismo. Al escalar a lo alto de una colina o monte, tus esfuerzos se verán recompensados con una vista panorámica de picos nevados bajo un cielo azul brillante. Pero el escalador debe conocer bien su nivel de habilidad. Intentar llegar a la cima de un pico que supere su nivel de habilidad podría acarrear graves consecuencias. Caer en el hoyo de un árbol, provocar una avalancha de nieve, perder el equilibrio en un acantilado o resbalar en un cruce de agua helada son solo algunos de los peligros potenciales. Antes de aventurarse, el excursionista debe considerar: ¿Estoy calificado para intentar esta cima? ¿Tengo la condición física adecuada? ¿Tengo las herramientas y equipos necesarios? ¿Tengo la experiencia técnica necesaria para intentar esta escalada? ¿Tengo el equipo adecuado de personas que me acompañan?

Era este asunto de ascender a un monte lo que evidentemente preocupaba al salmista David. David tenía en mente un monte, y era importante para él que el arca del pacto fuera llevada por la ladera del monte hasta la ciudad real. "¿Quién subirá al monte del SEÑOR? ¿O quién estará en su lugar santo?"

No cualquiera podría ascender a este monte, pues era único. No era el monte Baker ni el monte Carmelo lo que a él le preocupaba ascender; era el monte del Señor. Un monte completamente único. Este era el monte donde Dios habitaba en su santidad y en su gloria. Era el santuario del Dios viviente, que fundó el mundo sobre los mares y estableció la tierra sobre los ríos.

Y además, este monte simboliza el cielo, el lugar donde Dios establece su pacto con su pueblo.

¿Quién es capaz de ascender? ¿Quién puede estar tan cerca de un Dios tan santo? Es terrible caer en las manos del Dios vivo.

¿Y podrá encontrarse a alguien que incluso desee subir este monte?

El hombre tiene muchas cosas de las que se preocupa por escalar. Es decir, cosas terrenales. El trabajador se esfuerza por ascender en la escala corporativa, o intenta salir de las deudas, o estudia los pasos hacia la libertad financiera. Pero ¿a quién le preocupa subir al monte Sion? ¿Quién desea dejar atrás las cosas de este mundo y avanzar hacia las cosas que pertenecen al reino de Dios? ¿Quién codicia, no las cosas de aquí abajo, sino las cosas eternas y celestiales? ¿A quién le puede importar que se preocupe más por Dios, su reino y su justicia que por las cosas de este mundo?

El salmista nos dice quién es aquel que está dispuesto y es capaz de ascender. Debe cumplir ciertos requisitos espirituales. No es la aptitud física ni la fortaleza mental lo que le permite ascender. Tampoco es la popularidad ni el apoyo de un equipo que lo asista en el ascenso. El requisito primordial no es la capacidad natural, sino la integridad del corazón:

“El limpio de manos y puro de corazón; El que no ha elevado su alma a cosas vanas, Ni jurado con engaño”.

Esta es la persona que ascenderá: aquel que controla los deseos de su corazón y los anhelos de su alma; aquel que es cuidadoso con sus manos y con el uso de su lengua. No es un pendenciero; no usa sus manos para golpear ni agredir con ira. De su lengua salen palabras justas, pronunciadas con amor. Él conoce el poder de la palabra; aunque la lengua es un miembro pequeño, es capaz de obrar un mal tan grande.

No se deja llevar por vanas aspiraciones. Es decir, no codicia posesiones terrenales, que son temporales y pronto se desvanecen.

En resumen, aquel que es digno de ascender es perfecto en todos sus caminos. No está corrompido por una naturaleza caída, transmitida por nuestro primer padre, Adán. Es santo como Dios es santo, y justo en todos sus caminos. Ninguna acusación hecha contra él prosperará. El ascenderá solo; ningún equipo de personas estará a su lado para enseñarle cómo debe subir.

¿Quién es este Perfecto? ¡Él es el Rey de gloria! ¡El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en batalla! El Rey va a subir a este monte santo. Es un Rey activo, que se toma en serio la responsabilidad de guiar y conducir a su pueblo. No es un rey indolente que se sienta a dar órdenes a otros, esperando que hagan el trabajo duro antes de que él suba al monte. Pero este Rey hará él mismo el trabajo duro de abrir el camino hacia el monte.

Solo el Rey es lo suficientemente santo para entrar en el santuario de Dios. Su carácter recto se hizo evidente para su familia y amigos durante su peregrinación terrenal. Sus manos estaban limpias y su corazón era puro. Sus manos estaban ocupadas ministrando, realizando milagros de sanidad y reuniendo a los hijos del reino para sí mismo. Ni una sola vez utilizó sus manos para golpear con ira ni para agitar sus puños en desafío airado contra la voluntad del Padre que lo envió. Nunca elevó su alma a la vanidad— ni siquiera cuando el Diablo le prometió todas las naciones de la tierra a cambio de una reverencia.

Solo este Rey tiene la fuerza para subir semejante monte. Todas las cosas le pertenecen: “Del Señor es la tierra y su plenitud”. Él es el Verbo encarnado, quien estaba con Dios en el principio y por quien fueron hechos los cielos y la tierra.

¡El Rey ha llegado! Esto es lo que conmemoramos, en el Nuevo Testamento, el Día de la Ascensión. Ya no esperamos; Él ha completado su obra en esta tierra y ha ascendido.

Ahora bien, ¿quién observará a este Rey que ha ascendido? No todos lo harán, pues aquel que asciende había descendido primero. Y en su descenso, su gloria estuvo oculta a la vista. Los hombres lo contemplaron, y lo consideraron débil y frágil. “¿No es este el hijo del carpintero?”, preguntaban. En cumplimiento de la palabra del profeta, él era como una oveja humilde, muda delante de sus trasquiladores. Carecía de forma y hermosura; y cuando los hombres lo vieron, no había en él atractivo para que lo desearan. ¿Y ahora este humilde hijo del carpintero guiará el camino hacia la gloriosa ascensión? ¡Parece que no es un candidato digno! Los judíos de su pueblo natal no honraron al Profeta de Nazaret. En lugar de exaltarlo, intentaron de empujarlo al borde del precipicio.

Y no fueron solo los judíos de antaño quienes cuestionaron que Jesús sería el fuerte y poderoso que lideraría este glorioso ascenso. Nosotros también lo hacemos. Debido a la debilidad de nuestra fe y a nuestra naturaleza caída, tendemos a dudar de su fuerza y de su poder. ¿Cuántas preocupaciones y afanes no tenemos porque cuestionamos su capacidad para cuidarnos? ¿En cuántas noches de insomnio no luchamos con pensamientos oscuros y preocupantes? “¿Cómo puedo confiar en Él cuando parece que todo está en mi contra? ¿Cómo puedo creer que Él es poderoso para librarnos cuando mi destino en esa vida es sufrir día tras día?”

Dios conoce la debilidad de nuestra fe, por eso nos dirige a mirar hacia arriba.

“Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria”. Sí, allí estaban las puertas y portones físicos que rodeaban la ciudad de

Jerusalén, y tenían que abrirse para que el arca del pacto pudiera entrar en la ciudad real.

Pero estas puertas y portones son simbólicos y representan para nosotros una realidad espiritual. Representan el llamado que tenemos a elevar nuestros corazones y almas y contemplar con fe la ascensión y la exaltación de nuestro Salvador. Jesús no ascendió bajo el manto de la oscuridad. Mientras estaba en la cruz, durante tres horas de angustia indescriptible, Dios ocultó a su Hijo de la vista con un manto de oscuridad. Pero la ascensión real sería diferente. Jesús llevó a sus discípulos al monte de los Olivos, y mientras ellos lo contemplaban, fue llevado arriba. “Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col. 3:2).

¿Contemplas a este Rey? Ahí está esa generación justa de Israel de los que “le buscan” (v. 6). Ellos no buscan las cosas de este mundo ni lo que este puede ofrecer, sino que buscan la luz de su rostro, así como Noé levantó la mirada y halló gracia ante los ojos del Señor.

¿Te describe eso a ti? ¿Estas esperando y anhelando con prontitud el día del regreso de Cristo?

¡Alzad vuestras cabezas, pueblo de Dios! Mirad más allá del horizonte de esta tierra, con todos sus problemas y dificultades. Mirad más allá de esta economía volátil y siempre cambiante; mirad más allá de las necesidades del hogar y del cuerpo, ¡y contemplad a Jesús! Porque el Rey de gloria ha llegado. Contempladle como el Rey todopoderoso que sostiene en sus manos a las naciones de esta tierra. Contempladle como el Salvador de su pueblo, quien ha recibido la bendición del Señor.

¿Quién subirá al monte del Señor? Tú lo harás. Redimido por la gracia de Dios, lavado con la sangre del Rey, llega el día en que ascenderás. El Señor Poderoso en batalla, extenderá sus brazos eternos y los sacará del campo de batalla de esta tierra. Las puertas y portones se abrirán, y ustedes, pueblo de Dios, se unirán a Jesucristo en esa mansión celestial.

He aquí tu hogar. ¡El monte del Señor, el monte Sion!

He aquí a vuestro Dios. ¡El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla!